

10.
MITO, RAZÓN Y RELIGIÓN
19 (1972) 251-256

Juan Martín Velasco

El tema del mito es una fuente de intranquilidad para el hombre religioso moderno. Por una parte, las diferentes críticas racionales de la religión le están urgiendo a desmitologizar los contenidos de su fe y las expresiones de su actitud como condición de supervivencia. Por otra, los estudios modernos sobre el mito le están descubriendo la relación de los temas míticos con las preguntas humanas más radicales y las respuestas que la religión les proporciona. En esta situación teme que la desmitologización que parece imponerle su condición de hombre moderno le sitúe en un vacío en el que la vida religiosa termina por extinguirse; pero teme también que la aceptación del mito le excluya del mundo y de la época a los que pertenece. Las reflexiones que siguen han nacido de esta situación de inquietud y pretenden mostrar la posibilidad de una respuesta.

1. La equivocidad del mito

Como casi todas las palabras que tienen una larga historia en nuestra cultura, "mito" ha pasado a ser un término prácticamente equívoco. Con ese término designan algunos poetas, filósofos y hombres religiosos las expresiones más elevadas, más elocuentes y más ricas de la existencia y una de las claves para la comprensión del misterio que la envuelve. Pero con este término designan también desdeñosamente numerosos hombres de ciencia las fábulas inventadas por el hombre para suplir su ignorancia de las causas de los fenómenos y del curso efectivo de los acontecimientos históricos.

La equivocidad de este término tiene un primer origen en la multiplicidad de interpretaciones que ha sufrido a lo largo de la historia la realidad que designa; pero esta multiplicidad de interpretaciones se debe, a su vez, a la multiplicidad de aspectos, de niveles y de formas que ha revestido a lo largo de la historia humana la polivalente realidad del mito. Comprender esta realidad requiere, por tanto, una triple atención simultánea a sus variadas formas externas, a las diferentes maneras de insertarse en la existencia de los individuos y las comunidades en que aparecen y a las diferentes interpretaciones que de ella han dado sus intérpretes.

2. La incontable variedad de los mitos

El mito constituye una especie de forma simbólica; generalmente

hablando significa un relato de hechos o acontecimientos originados que tienen por protagonistas a sujetos prototípicos. Pero con el mismo término de mito designamos de ordinario relatos notablemente diferentes en su contenido y en su forma. Mito llamamos a los solemnes relatos, altamente elaborados, de las teologías y cosmogonías de los Veda, de las religiones de las antiguas culturas del próximo Oriente y de la literatura griega. Pero también atribuimos este nombre a las narraciones, más o menos complejas pero ciertamente menos elaboradas, con que determinadas poblaciones "primitivas" expresan sus convicciones sobre la condición humana y el origen de sus instituciones y de sus costumbres.

Ateniéndonos a este primer sentido del mito como relato, podemos distinguir los relatos míticos en que se encarnan esquemas o arquetipos prácticamente universales, que constituyen una primera expresión de determinados aspectos fundamentales de la existencia, tales como su condición finita, su conciencia de culpa, su naturaleza mortal y su deseo de inmortalidad, su necesaria corporabilidad, su sensibilidad el paso del tiempo, su carácter sexuado, etc., y otra serie de relatos en que determinadas culturas expresan el origen de instituciones concretas como la realeza, la familia, el ejercicio de actividades curativas y de determinados usos alimenticios, de la caza y de la pesca, de las técnicas de cultivo, etc. La diferencia de tales relatos no radica tanto en el valor literario formal de los mismos como en el "tema" de tales mitos y en su interés e importancia para la vida de las poblaciones en que aparecen.

Pero con esto entramos en una nueva pista para la comprensión de los mitos y en el descubrimiento de un nuevo criterio para su clasificación. Hablamos con frecuencia de los mitos del hombre antiguo o de los del hombre de nuestros días. En tales expresiones "mito" designa las convicciones más arraigadas, las creencias más extendidas, los ideales comunes a los hombres de una determinada época. Este corrimiento significativo del término "mito" de relato a creencia ha sido posible porque los relatos míticos son generalmente —sobre todo cuando pertenecen al primero de los tipos que hemos distinguido— expresiones primarias de creencias, de convicciones o de ideales humanos muy profundamente arraigados. El parentesco del mito con la fe en el sentido lato de convicción orientadora de la existencia queda bien patentizado por la relación de los relatos míticos de las culturas más avanzadas con el ritual y el culto de las mismas, y por el carácter de *vividos* y de *practicados* que tienen los mitos más importantes de las poblaciones "primitivas".

De este punto de vista se impone una segunda distinción entre las innumerables formas que reviste el mito. En correspondencia frecuente con el primer tipo de mito de la clasificación anterior, situaremos los mitos ejercicios, practicados o "creídos". Estos constituyen una primera expresión no tanto de un saber objetivo sobre la realidad como de la toma de conciencia de la condición huma-

na con sus insondables misterios. Un segundo tipo de mitos abarca los innumerables relatos sabiamente contruidos por el hombre de todos los tiempos para rehacer la coherencia de su visión del mundo cuando ésta amenaza disgregarse, o las “narraciones” con que el hombre premoderno –y en alguna medida también el moderno– intenta explicar los fenómenos o los acontecimientos que se escapan de su control o se ocultan a su conocimiento. Este segundo tipo de mitos nos sitúa ya en el nivel de las mitologías y en el de las etiologías.

En resumen, aceptando como significado principal del término “mito” el de relato de naturaleza simbólica, creemos que deben distinguirse dos tipos principales de mitos. El primero comprende los relatos en que se expresa de forma casi inmediata la toma de conciencia de los rasgos fundamentales de la condición humana y la actitud del hombre ante ella. Este primer tipo comprende para nosotros los mitos en sentido estricto. El segundo tipo comprende los relatos simbólicos creados más o menos conscientemente por los hombres de todos los tiempos para formular su visión del mundo y su saber o su ignorancia de determinados fenómenos o su dominio o temor ante determinados acontecimientos. A estos segundos preferimos aplicar el término de *mitologías* por su mayor elaboración lógica consciente o mitos *etiológicos* por el predominio en ellos de la función explicativa.

3. Mito y creencia. Sobre la relación del mito con la conciencia

El pensamiento occidental de orientación racionalista y, más radicalmente, el de inspiración positivista están sometiendo la cultura religiosa y sobre todo cristiana a un proceso implacable de desmitologización. De esta tradición religiosa cristiana están rechazando sistemáticamente todo lo que en ella se les representa como “simple mito”. En este proceso desmitologizador se ha producido un fenómeno de aceleración creciente o de escalada progresiva. No deja de ser curioso que en este proceso se está volviendo contra el cristianismo un arma que el mismo empleó contra las creencias de la época de su aparición a las que sus apologetas calificaron de puras fábulas o mitos. Estos dos episodios del mismo proceso desmitologizador nos invitan a reflexionar sobre la relación entre mito y creencia como medio indispensable para comprender la realidad del mito. Separado del “humus” de la creencia que lo origina, todo mito se convierte automáticamente en fábula, más o menos original y más o menos hermosa, pero fábula al cabo. Interpretado desde el universo propio de otra creencia, el mito sólo puede ser considerado, en el mejor de los casos, como expresión alegórica –es decir, que adopta otros términos que los adecuados– de la realidad a la que la propia creencia convierte en verdadera. En cambio, cuando el mito es situado en el contexto de la creencia que lo origina, se descubre su carácter de expresión propia y verdadera –es decir, dotada de valor de descubrimiento de realidad– de la condición humana de quien vive, crea y expresa ese mito. Sólo desde la creencia que lo origina se descubre la verdad del mito. Pero ¿en qué

consiste esa verdad? Y si su existencia sólo se descubre desde la creencia ¿no habrá que calificarla de creación de esa creencia y, por tanto, de ilusión? La respuesta a estas cuestiones decisivas se resumen en la recta comprensión del carácter *simbólico* del relato mítico. Los relatos míticos son, para los miembros del grupo que vive de la creencia que los expresa, verdaderos; y no alegórica sino tautegóricamente verdaderos. Pero este valor de verdad no exige que los sujetos que viven en mito crear en la existencia histórico-empírica de los sujetos de esos relatos y de sus acciones. Los relatos míticos son también simbólicos para quienes lo viven. Lo referido en ellos es, pues, real, pero con una existencia que no se deja comprobar con los medios empíricos ni se reduce a sus condiciones. Los personajes de los relatos míticos son prototípicos y sus acciones tienen valor paradigmático, ejemplar y fundamentador. El hombre que vive sus mitos no pensará poder encontrarse en su ciudad o cuando sale de caza con los personajes del mito, pero estará convencido de que sin la acción de ellos ni su caza ni su vida en la ciudad tendría valor decisivo. Por eso renueva periódicamente la presencia activa de esos personajes por medio de ritos y de cultos de los que los relatos míticos son parte integrante. El carácter simbólico de los relatos míticos lejos de disminuir su alcance de verdad, su valor de descubrimiento y orientación de la realidad, los acentúa al referir esos relatos al orden de las realidades fundantes, originarias, prototípicas, sin las cuales las realidades empíricas que constituyen la trama de su existencia se disgregaría, faltas de cohesión, de sentido y de valor.

Pero los acontecimientos simbólicos repetidos y reactualizados en el mito tienen una segunda característica que viene a matizar su valor de realidad. Como prototípicos y paradigmáticos, los personajes de la acción mítica se sitúan al margen de la historia empírica del hombre, en su comienzo o en su origen, en *aquel tiempo* del que el tiempo del hombre es repetición periódica. Su densidad de realidad desvanece la realidad del tiempo del hombre, la desvirtúa al convertirla en constante repetición periódica, en eterno retorno de lo único real que es el acontecimiento originario.

El relato mítico, desde el "humus" vital de la creencia que expresa, aparece, pues, como afirmación en forma de relato de la realidad originarla en cuanto fuente única de renovación de la existencia. En él se expresa una conciencia abierta a las dimensiones metaempíricas de lo real. En él se hace voz y palabra el misterio del ser que envuelve a todo lo que es, la Trascendencia que da consistencia a las realidades inmanentes del mundo. El carácter real-simbólico del relato mítico es un claro indicio de la condición simbolizadora, es decir, transfiguradora del mundo en realidad y en ser, de la conciencia humana. Pero el mito, en cuanto relato que remite la que la realidad verdadera a una Trascendencia fuera de la historia y a la que ésta no hace más que imitar por la repetición periódica, es un indicio no menos claro de una "conciencia evadida", en peligro de

perderse en una repetición obsesiva de modelos e incapaz de realizar la referencia a la Trascendencia de forma creativa e innovadora.

4. *Las diferentes hermenéuticas del mito*

Las interpretaciones actuales del mito se extienden en una amplia gama de actitudes que van de la condenación y rechazo de lo mítico en nombre del saber y de la ciencia, a la renuncia a todo afán crítico de saber para abandonarse a sus ambiguos encantos. La actitud racionalista, radicalizada por el positivismo, tiene en nuestros días una nueva expresión en la interpretación estructuralista del pensamiento mítico. Los precisos análisis estructurales de determinados complejos de mitos –previamente seleccionados de ordinario– comienzan por separar esta forma de lenguaje humano del sujeto que habla en ellos y del acto mismo de hablar, con lo que ofrecen el resultado de una precisa gramática de una lengua previamente declarada muerta. Como todos los positivismos, el estructuralismo comete el error de absolutizar como únicos un nivel y un aspecto parcial de la realidad humana y una forma concreta de acceso a ella.

Junto a la actitud reductora del positivismo ha sido frecuente en la historia del pensamiento occidental, y sigue teniendo representantes en nuestros días, la interpretación alegórica del pensamiento simbólico. Según ella, “*imagines mythicae a sensu quem involvunt sunt accurate discernendae*”. En la interpretación alegórica sigue presente la actitud racionalista que enjuicia todos los niveles de lo humano, desde una comprensión unívoca de la razón, que la reduce a la razón lógica científica o metafísica según los casos.

El descubrimiento del estrecho parentesco entre mito y culto, que hace del mito una celebración, y el conocimiento de sociedades para las que el mito es, más que *mitología*, acción vivida y parte integrante del propio mundo y de la propia conciencia, ha llevado a la superación de estas actitudes negativas frente al mito y a una verdadera valoración del “pensamiento simbólico” del que el mito es una forma particular. Superada en gran parte por el empleo del método fenomenológico la idea unívoca de la razón como teoría explicativa de la realidad, y descubierta lo que se ha llamado la analogía horizontal de la verdad y de la razón, muchos estudiosos actuales de la religión ven en el mito una forma original de apertura del hombre a la realidad, dotada de una dignidad y un valor propios. El mito, más allá de su condición de realidad cultural, aparece así como una dimensión de la conciencia que abre el espacio en el que opera posteriormente la razón explicativa en sus distintos niveles, ordena las múltiples apariciones de la realidad y las jerarquiza en torno a valores absolutos que tienen su primera manifestación en los grades esquemas simbólicos. Este proceso de revalorización del mito ha llevado a ver en él una forma original e incluso originaria de revelación de la realidad, un primer nivel de lenguaje del ser para el hombre,

una cifra originaria de la Trascendencia, una forma primera de metafísica. Por otra parte, la estrecha relación que la historia constata entre mito y religión hace que no pocos autores vean en el mito la categoría por excelencia de la actitud religiosa y la forma originaria de revelación de lo sagrado.

5. *Mito y razón crítica. Mito y religión*

Un hombre, atento por una parte a las dimensiones profundas de la existencia que afloran en el nivel simbólico de la conciencia y, por otra, a las exigencias críticas de la situación cultural contemporánea, que desenmascara tantas falsas conciencias, no puede menos de sentir un malestar real al enfrentarse con este "conflicto de las interpretaciones" a propósito del mito. En el mito se deja oír una voz que encuentra un eco cierto en esas preocupaciones, esa inquietud, esas aspiraciones profundas que la interpretación positivista reductora del hombre no ha conseguido ocultar plenamente. Pero al hombre contemporáneo esa voz le resulta extraña; le parece articulada en unos términos difícilmente integrables en su cultura secular, crítica, positiva y racional. Por eso resulta imposible abandonarse a los encantos del mito poniendo entre paréntesis el afán crítico que con razón aspira a la universalidad. Ante el mito no basta con "ponerse a su escucha", "vibra al unísono" con voz maravillosa. Tal actitud significaría renunciar no sólo a la tarea crítica de la razón sino también al carácter progresivo y creador de la conciencia. La razón del hombre no puede limitarse a rememorar los acontecimientos originarios, las gestas de personajes prototípicos, sin condenar la historia a un constante y periódico retorno de lo mismo. El mito no puede ser aceptado más que como modelo de la propia creación racional o como punto de partida para el establecimiento de las formas de racionalidad propias de nuestra situación. Y esto supone un esfuerzo de *desmitologización* que partiendo de la fidelidad a las raíces trascendentes que hablan en el mito les confiera la nueva expresión lógica, racional, que corresponde a la propia situación.

La relación entre mito y religión se establece en términos muy semejantes. No es posible poner en duda el parentesco no sólo histórico sino estructural que existe entre mito y religión. El mundo de lo sagrado, en el que se inscriben todas las religiones, tiene en el mito una de sus categorías centrales y una de sus más constantes manifestaciones. Pero es bien sabido que determinadas religiones exigen para ser vividas un claro esfuerzo desmitologizador. En este sentido se ha subrayado con frecuencia que el Cristianismo, heredero también en esto del Judaísmo, es una religión histórica en oposición a las religiones naturales en las que prevalecen los mitos. El sentido y la razón profunda de esta distinción necesita algunas aclaraciones. No significa, desde luego, que en el Cristianismo y en el Judaísmo no existan relatos míticos. Ni tampoco que en ellos no actúe el nivel simbólico y mítico de la conciencia religiosa. Significa, más bien, que la relación religiosa en el Cristianismo ha recibido una configuración tal que el

Misterio no es en ella simple origen inmóvil de la existencia, cuya historia se limitase a reflejarla estáticamente en un culto más o menos elaborado, sino fin orientador de la vida que interpela al sujeto y le mueve a descubrir, con el ejercicio de todas sus facultades y en medio del mundo y de la vida, formas constantemente nuevas de su presencia. Por eso, mientras el órgano privilegiado de la revelación en las "religiones naturales" es la naturaleza con su periódica repetición de lo mismo, el órgano de la revelación judeo-cristiana es la historia con la irrepetible sucesión de sus acontecimientos, determinada por la intervención de los profetas, es decir, de las personas que actualizan en la historia la libre intervención de Dios. La conciencia religiosa en el Cristianismo sigue, pues, ejercitando su nivel simbólico-mítico de presencialización de lo invisible; pero lo ejercita no para evadirse en un perpetuo recuerdo estéril de las acciones paradigmáticas de los dioses, sino para, a partir de esa presencia invisible, abrir permanentemente el futuro con la proyección de nuevas posibilidades inéditas.

A la luz de estas breves consideraciones el mito se presenta para el hombre moderno como una realidad ambivalente. Tomado como punto de partida, representa una fuente inagotable de pensamiento, de razón para el hombre. El mito, según la célebre fórmula de Ricoeur, "da que pensar", más aún, abre el horizonte del hombre hacia el futuro y propone tareas a su acción. Pero para ello el hombre moderno debe renunciar a la actitud puramente mítica de instalación en el recuerdo y en la repetición y recrear constantemente expresiones inéditas en las que reconozca la presencia inagotable que le proporciona perpetuamente la sustancia para vivir.